



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11764

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península Un mes, 2 pias. Tres meses, 6 id. Extranjero 6—Tres meses, 11'25 id. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVE 24 ENERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil giro.—Corresponsales en París, y Corredor en Ocaña, Madrid 61 y 62.—Barrancos, Madrid, 60.

UN OLVIDO

Como habrán visto nuestros lectores en un suelto publicado en nuestro número de ayer, el Ayuntamiento de Murcia ha acordado ya el programa de festejos de primavera.

En él figuran números de verdadero mérito y de gran atracción, como ocurre con la hermosa Batalla de flores y el tradicional Entierro de la Sardina; pero hemos notado una falta que debe achacarse solamente a olvido.

Cuando hace pocos días se celebró en el Ayuntamiento murciano la reunion para tratar de establecer en aquella ciudad las escuelas graduadas, el Alcalde, poseído de gran entusiasmo y en un arranque generoso nada extraño en quien sabe que el camino de la regeneración es la enseñanza, prometió que las escuelas serian pronto un hecho y anunció que se pondría la primera piedra durante las fiestas del proximo Abril.

—Ese sera el número mejor del programa —dijimos al saber la noticia.

Y, efectivamente, la inauguración de un edificio de importancia tan grande, realizada en los momentos en que Murcia estara llena de forasteros, entre los cuales habrá muchas autoridades de otros Municipios, serviría de emulación a las mismas, que llevarian a sus localidades respectivas la propaganda de ese elemento de regeneración. La palabra del ministro de Instrucción pública, resonando en Murcia como sono en Cartagena el 9 de Diciembre al poner el primer bloque en estas escuelas graduadas, despertaría energías valiosas y este movimiento de regeneración por la enseñanza recibiría poderoso impulso. Además ¿qué Alcalde, por modesto que sea, no ansia la gloria de verse ante sus administrados en la envidiable si-

tuación que se vio el Sr. Saz con aquel día de verdadero júbilo en que el pueblo le refrenaba en un sísmico el Real de reto que lo llevo a ser jefe de nuestro Municipio.

El momento señalado para inaugurar las obras de las escuelas murcianas no podía ser mas oportuno; pero o se ha desistido de realizar el acto en la fecha citada ó se ha cometido una omisión al redactar el programa de las fiestas de Abril: en él no figura la inauguración.

De todas veras lo sentimos, aunque confiamos en que la omisión, si no es errónea, no respondera lampoco al enfriamiento de aquellos entusiasmos que se manifestaron con tanta gallardía en la reunion en que el Alcalde de la capital de la provincia afirmó en absoluto que habra en Murcia escuelas graduadas.

TIJERETAZOS

Leemos:

«El caso más notable de longevidad que probablemente se registrará en estas comienzas de siglo, es el de un turco llamado Ismail, que cuenta ciento veinte años de edad y disfruta de salud y agilidad.»

Además de estas envidiables condiciones, el tal Ismail es lo que se llama todo un valiente, pues hace pocos días que ha encendido la autocha de Himeño por trigesimocuarta vez, contrayendo matrimonio con una candorosa joven de sesenta años.»

Aun se escriben cuentos de las mil y una noches.

Pero si la noticia no es imitación americana, que Dios le dé larga vida a ese tataro para que siga sumando lunas de miel.

Dice un articulista:

«Nosotros somos de los que creemos que la verdad se debe a Dios y a los muertos, y es una sinistra adulación

de los vivos a los muertos. La censura se extrema en Manila. Las autoridades del Africa del Sur no dejan circular un telegrama sin someterlo a revisión. Mala época para la raza anglosajona. Empeñada en buscar las tinieblas para ocultar lo que está sucediendo y sin conseguirlo. Es inútil que levante diques a la luz. El rayo luminoso que no los traspasa en forma de despacho telegráfico los traspasarán en forma de carta. Todo es cuestión de tiempo.

EN EL CÍRCULO MILITAR

Desde que comenzó a circular la noticia de que el Círculo Militar iba a solemnizar con una fiesta el santo del Rey, comenzó a despertarse el deseo de asistir a la misma. Celebrada en tal día y por los elementos que la organizaban había que esperar un *tour de force*.

Y efectivamente, lo hicieron ayer los señores encargados de preparar la casa para recibir a la distinguida sociedad cartagenera.

Cuando a las seis en punto de la tarde cruzamos el umbral, nos encontramos verdaderamente sorprendidos. Por la escalera, convertida en jardín, se deslizaban hermosas señoras y bellas señoritas que ora buscaban el fresco de la noche, porque la temperatura del interior del círculo resultaba antillana ó bien iban a gozar de la fiesta. Un derroche de luz, aumentado por la multiplicidad de lámparas eléctricas al reflejarse en los espejos, iluminaba el cuadro dándole un aspecto fantástico que recreaba la vista y el alma.

Las músicas tocaban las escogidas piezas que figuraban en unos lindos *carnets* repartidos profusamente a las señoras, los cuales *carnets* estaban ilustrados con retratos del Rey vestido de uniforme de infantería y de guardia marina.

Por los salones era imposible diso-

currir una conversación que no se refiriera a la fiesta. Entre los invitados que asistieron a la fiesta figuraba el Sr. Alcalde. La juventud rindió a Terpsicore el debido tributo, pero no en la medida deseada, porque la concurrencia hacía difícil el baile y la temperatura dificultaba la respiración.

Los invitados fueron obsequiados con té, pastas y dulces, de todo lo cual hubo verdadera profusión. En suma: la fiesta celebrada por el Círculo Militar fué espléndida. De ello deben estar muy satisfechos sus organizadores, a los cuales enviamos nuestra felicitación.

1800-1900

Un curioso investigador francés ha hecho un detenido estudio acerca de las variaciones sufridas en el precio de las cosas en el siglo que ha concluido.

Los resultados son curiosos y merecen la pena de hacer idéntica investigación en España.

Damos la idea a los aficionados, y entre tanto ahí van algunas cifras de las obtenidas por el aficionado francés.

En general, el precio de las cosas ha aumentado, ó en términos técnicos: el valor de la moneda ha disminuido, es más abundante. El trigo es la única mercancía que se cotiza, sobre poco más ó menos, al mismo precio. A pesar de esto, el pan ha subido de 18 a 20 céntimos el kilogramo, a 35 por la elevación de los salarios, pero es mucho mejor y no escasea.

Se come en Francia diez veces más carne que hace un siglo, y como no ha aumentado la producción en la misma proporción, el kilogramo que se vendía en los días de la Revolución a 66 céntimos, vale hoy 1'70 por lo menos. Apreciando su valor en trigo, puede decirse

que equivale a dos kilogramos en los tiempos de Luis XV, a tres en 1789 y a siete en 1900.

Los huevos han disminuido de un modo lamentable: en la Edad Media se pagaban a céntimo pieza; en 1800 de 30 a 70 docena, según la estación; hoy a 1'80, y graciosa.

La manteca vale doble, y la leche, que se pagaba a tres céntimos litro, hoy que comprarla hoy a 40 ó 50, sin nata y bautizada.

Los vinos han aumentado de precio de un modo exorbitante, a pesar de no haber variado el coste de producción.

En cambio, el pescado, el de mar, especialmente, ha bajado en una mitad, gracias a la economía y facilidad de los transportes, a pesar de consumirse diez veces mayor cantidad.

Pero lo que ha aumentado más de precio es el terreno y los alquileres de las casas. Aunque es difícil dar el precio medio por las infinitas circunstancias que lo determinan, y ha de tener escaso valor comparativo, diremos que en París el metro de terreno, que se vendía a 70 ó 80 francos a principios del siglo pasado, se vende hoy a 1.400 ó 1.600 francos.

Paralelamente a este aumento en el valor de las cosas, han aumentado también el del arrendamiento de sercitos, especialmente los manuales, pues el obrero, que ganaba en 1800 tres francos diarios, gana hoy ocho ó diez. Sin embargo, la proporción no es ni mucho menos la misma, y ésta es la causa del recrudescimiento de la cuestión social, con sus manifestaciones de huelga, etc.

Para terminar: 20.000 francos de renta a principios del siglo XIX, proporcionaban una posición más brillante que 100.000 en sus postrimerias.

Los nuevos Estatutos del Banco

Reglas de Importancia

Ha dispuesto el Consejo del Banco de España que las disposiciones del nuevo reglamento provisional rijan desde hoy, acomodándose a ellas todos los actos y operaciones en lo sucesivo.

Las operaciones pendientes que vayan dentro del plazo de seis meses continuarán rigiéndose hasta su vencimiento por las disposiciones del anterior

Habitualmente llevaba en la mano derecha una tabaquera esmaltada, llena de rapé; y apoyada la mano izquierda en un bastón de jaña con puño de plata, lisa y brillante en fuerza de un largo uso. Su voz era nasal y chillona; sonreíase con aire benevolo, pero, en cierta manera, con algún tantico de altanería y un leve matiz de importancia. Se reía con la misma dulzura, con risa delicada como aljofar. Habiendo conservado los rancios modales del tiempo de Catalina, era cortés y afable hasta el extremo, con ademanos mesurados y graciosos. La debilidad de las piernas impedíale andar; no podía levantarse del sillón sino para ir con paso corto y rápido hasta el sillón próximo, donde tomaba asiento de pronto, ó más bien dejábase caer blandamente como en un cojín.

Ya llevo dicho que Teleguín nunca salía de casa y tenía pocas relaciones con los vecinos, aún cuando gustaba de la sociedad, pues tenía sus puntas y ribetes de parlanchin. Por supuesto, no le faltaba sociedad: buen golpe de hidalguelos pobres, cuyas vestimentas y casacas salían a menudo del guardarropa de él, vivían bajo su techo; mientras que el otro extremo de la casa daba asilo a un grupo de pobres mujeres nobles. Teleguín tenía a su mesa, cuando menos, quince personas... ¡Era tan hospitalario!

Entre todos esos parásitos había dos más notables que los otros: un enano apodado *Jane ó Doble cara*, de origen dinamarqués (algunos dicen que hasta judío), y, un leco, el príncipe L***. Contra las costumbres de la época, el enano no servía en manera alguna de hazmerreír a los señores y no tenía nada de bufón. Por el contrario, siempre silencioso, con aspecto airado y feroz, fruncía el entrecejo y rochinaba los dientes en cuanto se le dirigía la menor pregunta. Teleguín le llamaba también «el filósofo» y aún dispensábase ciertas consideraciones; en la mesa se le hacía plato siempre a él en cuanto habían sido servidos los huéspedes y las visitas.

Algunas veces decía Teleguín. —Dios le ha hecho agravio, por su divina voluntad; pero yo, ruin de mí, no soy quien para hacerle sufrir. —¿En qué ve V. que sea un filósofo?—le pregunté una vez. *Jane* no podía verme ni en pintura; sólo con acercarme a él, encolerizábase y rezongaba con voz cascajosa: —¡Déjame tranquilo, intruso! —¡Como, Dios me perdone! ¿Que no es un filósofo? Pues mira, hembrecito mio, qué bien sabe callarse.

De vez en cuando le daban accesos de furor que le hacían ponerse espantoso: metíase entonces en un rincón, cara a la pared, y allí, chorreando sudor, enrojecida hasta la nuca su calva cabeza, con feroce carcajadas y pateos, ordenaba un castigo (probablemente para sus hermanos.) —¡Hiere!—añillaba medio ahogado por sus risotadas. —¡Azota sin piedad! ¡Hiere, hiere, hiere a esos monstruos, a esos verdugos! ¡Bravo! ¡Muy bien! La víspera de su muerte fué motivo de asombro y de pavor para Teleguín. Entró muy pálido y muy tranquilo en el cuarto de mi tío, le hizo una profunda reverencia, le dió gracias en primer término por el refugio y la asistencia que había recibido de él, y después le rogó que mandase en busca del cura porque la muerte había venido a él; la había visto, y debía perdonar a todos y purificar en alma. —¿Tú la has visto?—tartamudeó Teleguín estupefacto al oírle por primera vez pronunciar una frase seguida. —¿Cómo iba? ¿Con una guadaña; di? —No—respondió el príncipe;—es una viejecita muy sencilla, vestida con un *caraco*; pero no tiene más que un sólo ojo en medio de la frente, y se vé que este ojo es eterno. Y, en efecto, al día siguiente falleció el príncipe de L***, con toda su lucidez y gran compunción,